

como espigas de oro se levantan en un campo fraternal de fertilidad prodigiosa. ¿No es la paz de todos, el amor de todos que cada día brota y se recoge?

Lucas las oía encantado. Adorable recompensa le daba el amor, rodeándole en su ancianidad extrema de aquel florecimiento del cariño entero, de aquellas tres mujeres cuya presencia embalsamaba y hacía resplandecer sus últimos días. El mayor fruto del amor, el más exquisito, era para él. Tres mujeres le adoraban, le envolvían sin cesar en un culto de afección devota, de solicitud y pequeños cuidados. Eran infinitamente buenas, cariñosas, de ojos serenos, que inspiraban en él el continuo apego á la vida. Sus manos suaves le sostenían hasta el borde de la tumba. Y eran muy viejas, blancas del todo, ligeras como almas, ya augustas, como puras llamas, activas y alegres, ardiendo con la eterna y juvenil pasión por el gran anciano. Seguía él viviendo y ellas también; eran su fuerza, su acción, su inteligencia, siempre allí; sanas y firmes, apesar de todo; yendo y viniendo, cuando él ya no se movía; guardianas y amas de su casa, compañeras que habían alargado la existencia del anciano más allá de los regulares límites.

Josina, á los setenta y ocho años, aun era la enamorada, la Eva salvada un día de la culpa y del dolor. Muy menuda, como flor seca y pálida, pero aun con perfume, conservaba su gracia sutil, su delicado encanto. Al sol claro, sus cabellos blancos, aún tenía reflejos de oro, el oro soberano de la juventud. Y como siempre, Lucas la adoraba, como en el día lejano en que la había socorrido amando en ella al pueblo del dolor, á la mujer atormentada, habiéndola escogido por más miserable, por más dolorida, para salvar con ella, si la salvaba, á todos los desheredados de este mundo, sofocados por la vergüenza y el hambre. Hoy todavía besaba con devoción su mano mutilada, la herida del inícuo trabajo. Por ella había emancipado á los trabajadores; y con su amor fecundado, había eternizado su obra. Y ella también le adoraba como siempre, como el primer día, con ardor de cariñosa gratitud, delicioso dón de todo un sér, pasión y deseo de lo infinito en el amor cuya llama inextinguible la edad no había debilitado.

Sœurette, de la edad de Lucas, próxima á los ochenta y cinco, era la más activa, siempre en pie, acupada el día entero. Hacía mucho tiempo que parecía no envejecer; menudísima, disminuyéndose todavía, pero embellecida por la amable vejez. Antes de color tan obscuro, tan delgada, nada agraciada, ahora era una graciosa viejecilla, un ratón blanco con ojos de luz. Antaño, en la terrible crisis de su amor á Lucas, su hermano Jordán la había dicho que se resignaría, que sacrificaría su pasión al bien ajeno. Y se había resignado, más cada día, su renunciamiento había llegado á ser una pura alegría, una fuerza de divino contento. Seguía amando á Lucas, en sus hijos y en sus nietos, ayudando á Josina á cuidarlos. Le amaba con amor más profundo, libre de todo egoísmo, casta llama de fraternidad y de afecto maternal. Como había cuidado á su hermano, con igual delicadeza cuidaba ahora á Lucas. Y en esto estaba ahora su dicha, y en sentir cuanto la amaba él también y cumplir un siglo en esta amistad apasionada, tan dulce como el amor.

Susana de ochenta y ocho años, era la mayor, la seria y la venerable. Pequeña, derecha todavía, con aquel rostro amable cuyo encanto habían sido en otro tiempo la bondad, la razón firme é indulgente. Pero ya no andaba apenas; sólo sus ojos piadosos hablaban de un anhelo de afanarse siempre por los demás. Por lo común ahora permanecía sentada al lado de Lucas, acompañándole, mientras las otras dos, activas, corrían de un lado á otro sin ruido. ¡Ella también le había amado tanto en las horas tristes de su juventud un amor que la consolaba, largo tiempo ignorado por ella misma! Sin saberlo, á él se había entregado entera, soñando con el héroe á quien hubiera querido alentar, ayudar con su cariño; y el día en que su corazón había hablado, estaba ya en brazos de otra mujer amante; en su lugar sólo había ya sitio para una amiga. Y era ella, largos años, con dulzura infinita, serenidad absoluta, en paz perfecta, en la comunión de cariño y de pensamiento en que vivía con el hombre que era ya su hermano. Y esta amistad, sin duda, como la de Sœurette, era tan deliciosa porque había nacido del amor, del fuego eterno.

Lucas, de tal suerte, muy viejo, muy grande, de suprema belleza acababa la vida en el amor de tres mujeres, muy viejas, muy grandes, de suprema belleza. El, con su gran estatura, sin que sus ochenta y cinco le hubiesen encorvado, continuaba sano, fuerte, firme como un roble. Sólo las piernas se le habían entorpecido como para clavarle allí, delante de su ventana, feliz espectador, ahora que su ciudad estaba fundada. Sobre su frente, de forma de torre, sus espesos cabellos de los cuales no faltaba uno se habían vuelto blancos, y eran una melena abundante, melena blanca de un león viejo descansando. Alumbraba, perfumaba, sus últimos días esta adoración de que le rodeaban Josina, Scœurette y Susana. Amándolas á todas con el río inmenso de su amor en que todos los corazones podían beber; á unas y á otras amante y amigas las estrechaba en el mismo abrazo para crear más vida, más felicidad.

Mas, aparecieron señales. Como Jordan, sin duda, cumplida su obra, Lucas iba á morir. Le invadía cierto sueño, un reposo bien ganado, cuya llegada esperaba con plácida serenidad. Vió venir la muerte contento; sabía que era necesaria y suave, sin necesitar la mentida promesa del cielo para aceptarla con valeroso corazón. El cielo, en adelante, estaba en la tierra donde toda la verdad y la justicia posibles realizaban el ideal, toda la dicha humana.

Cada sér era inmortal en las generaciones de él nacidas, el torrente de amor se aumentaba con todo amor y rodaba por lo infinito asegurando la eternidad á todos los que habían vivido, amado, procreado. Y Lucas sabía que podía morir, pero que renacería continuamente en los hombres cuya existencia mejor y más dichosa había deseado. Esta era la única certeza de más allá; le daba una paz admirable; tanto había amado á los otros, tanto había hecho por aliviar sus penas, que era recompensa beatífica adormecerse en ellos, aprovecharse él mismo de su obra en el seno de las generaciones cada vez más felices.

Josina, Scœurette y Susana, alarmadas, viéndole aletargarse, no quisieron, sin embargo, estar tristes. Todas las mañanas siguieron abriendo las ventanas para que el sol bondadoso entrase libremente; adorna-

ban y perfumaban el cuarto con flores, con grandes ramilletes de un brillo y de un aroma que parecían la infancia. Y como la infancia la quería tanto Lucas, le rodeaban á cada momento de alegres bandadas de chiquillos y chiquillas de cabeza rubia ó morena, que eran como otros ramilletes, mañana en flor, la fuerza y la belleza de los años futuros. Y cuando estaba allí toda aquella gente menuda, jugando entre carcajadas alrededor de su butaca, Lucas les sonreía con ternura, seguía sus juegos muy entretenido; encantado de alejarse así, en medio de una alegría tan pura y de tan viva esperanza.

De modo que, el día en que debía venir la muerte, muy justa, muy buena, al caer el crepúsculo, las tres mujeres que la veían acercarse en los ojos de claridad profunda del anciano, invitaron á venir á los biznietos, los más pequeños, aquellos cuya vista traería en el último instante la mayor juventud, el mayor porvenir. Y éstos trajeron consigo á otros camaradas mayores, los descendientes de los trabajadores cuyo esfuerzo solidario había fundado un día la Crèche. Fué admirable espectáculo aquella estancia llena de sol, de niños y de rosas, mientras el héroe, el viejo león de la melena blanca, todavía atendía á sus juegos con tierna alegría. Bien le reconocían todos, le llamaban por su nombre, le preguntaban cosas. Un garrido mancebo de dieciséis años, Francisco, hijo de Hipólito Mitaine y de Laura Fauchard le miraba á través de dos lágrimas que procuraba contener. Lucas le llamó:

—Anda, ven á darme la mano, buen mozo, mi querido Francisco. Nada de tristeza; ya ves como nosotros estamos contentos... Has de ser un valiente; y has crecido más; serás un soberbio galán enamorado.

Después se acercaron dos muchachas de quince años, Amelia, hija de Alejandro Feuillat y de Clementina Bourron; y Simona, hija de Adolfo Laboquer y de Germana Yvonnot.

—¡Ah! vosotras estáis alegres, hermosas mías, y tenéis mucha razón... Venid dejadme besar vuestras mejillas de primavera y tened siempre alegría y hermosura, esa es la dicha.

Luego ya no reconoció más que á los suyos, cuyo

número se multiplicaba sin cesar. Estaban allí dos de sus nietos, una nieta de dieciocho años, Alicia, hija de Carlos Froment y de Celina Lenfant. Sólo había traído á los solteros, pues los nietos casados, con sus mujeres y toda la familia, hubieran hundido la habitación. Sonreía Lucas con más ternura llamando junto á sí á Ricardo y á Alicia.

— Alicia, mi rubia, ya eres una moza casadera; escoge un muchacho alegre y sano como tú. ¡ Ah! ¿ ya lo has hecho? Queréos mucho, tened hijos sanos y alegres como vosotros... Y tú, arrogante Ricardo, sé que vas á entrar de aprendiz en un taller de calzado, y que además tu pasión es la música. Trabaja y canta. Ten genio.

Pero en este momento la oleada de los más pequeños se echó sobre él. Eran cuatro, tres niños y una niña, todos biznietos que querían subírsele á las rodillas. Empezó cogiendo al mayor, de siete años, hijo de Mauricio Morfain y de Berta Jollivet; primo y prima, él hijo de Raimundo Morfain y de Teresa Froment, y ella hija de Andrés Jollivet y de Paulina Froment.

— ¡ Ah! ¡ mi chiquitín, mi Jorge, el nieto querido de mis dos hijas, de Teresa, mi morena, y de mi rubia Paulina!... Tus ojos eran los de mi Paulina, y ahora van siendo los de mi Teresa! Y tu boca tan fresca y sonriente ¿ es de mi Teresa ó es de mi Paulina?... Bésame con mucha fuerza, mi chiquitín, mi Jorge, para acordarte de mí, mucho tiempo.

Le tocó el turno á Gregorio Bonnaire; más pequeño de cinco años apenas. Era hijo de Feliciano Bonnaire y de Elena Jollivet, el primero hijo de Severino Bonnaire y de Leonia Gourier, la segunda de Andrés Jollivet y de Paulina Froment.

— ¡ Un hombrecillo más de mi Paulina!... ¿ Es verdad Gregorio mío, que abuelita Paulina es muy buena y siempre tiene entre las manos cosas ricas?... Y á mí, el abuelo viejo, ¿ me quieres? ¿ Has de ser siempre buen niño y tan guapo, verdad, cuando te acuerdes de mí ... Bésame, bésame con mucha fuerza.

Y para acabar cogió los dos últimos, Clemente y Luz, hermano y hermana, á él sobre la rodilla derecha, á ella sobre la izquierda. Clemente tenía cinco

años, Luz dos. Eran hijos de Ludovico Boisgelin y de Marieta Froment. Pero aquí los recuerdos se levantaban en tropel pensando en Ludovico, hijo de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire; y en Marieta hija de Hilario Froment y de Colette la deliciosa, la hija mayor de Nanet y de Nisa. Los Delaveau, los Boisgelin, los Bonnaire mezclados con los Froment renacían bajo aquellas frentes puras de ligeros cabellos en bucles.

— Venid, venid, Clementín, Lucina, amores míos. Si supieráis todo lo que vuelvo á encontrar, todo lo que leo en el fondo de vuestros ojos claros... Clementín, tú eres ya muy bueno y muy fuerte, ¡ oh! ya lo sé, me lo ha dicho el abuelito Hilario, que está muy contento oyéndote siempre reír... Y tú Lucina, tan pequeña que apenas hablas, ya sé que eres así y todo una mujercita valiente, porque nunca lloras y tiendes alegres tus manitas al sol... Tenéis que besarme también los dos, adoraos y hermosos hijos, lo mejor que voy á dejar de mí, ¡ toda mi fuerza y toda mi esperanza!

Se habían acercado los demás; hubiera querido tener brazos bastante largos para cogerlos y abrazarlos á todos contra su corazón. A ellos confiaba el porvenir á ellos legaba su obra, como á fuerzas nuevas que la vivirían otra vez extendiéndola sin fin. Siempre había pensado en los niños, en las generaciones futuras para terminar la empresa de la dicha. Y á aquellos niños queridos, nacidos de él que le rodeaban amorosos en la paz serena de su última hora, ¡ qué testamento de justicia, de verdad y de bondad les dejaba; con qué pasión hacía de ellos los ejecutores de su sueño, la humanidad cada día más libre y más feliz!

— ¡ Andad, andad, mis queridos hijos! ¡ sed muy justos y muy buenos! ¡ Acordáos de haberme besado hoy todos, y amadme siempre mucho y amaos siempre mucho los unos á los otros! Un día sabréis lo que hicimos, y haréis lo que hemos hecho, y vuestros hijos á su vez deberán hacer lo que hagáis! ¡ mucho trabajo, mucha vida, mucho amor!... ¡ Y en tanto mis queridos hijos, andad á jugar, tened mucha salud y mucha alegría!

Josina, Sœurette y Susana quisieron entonces des-

pedir á la bandada bulliciosa por temor del estrépito, viendo á Lucas debilitarse poco á poco. Pero él no lo consintió, deseaba tenerlos cerca de sí, para alejarse suavemente entre el ruido alegre de sus carcajadas. Y se resolvió que los niños bajarán á jugar al jardín bajo su ventana. Los oía, los veía; estaba contento.

Ya el sol bajaba al horizonte, el gran sol del estío con que resplandecía la ciudad entera. Llenaba de oro toda la estancia como de una gloria, y Lucas en este esplendor, en su butaca, calló mucho tiempo mirando el inmenso horizonte.

Una paz profunda llegaba; Josina y Sœurette, calladas como él, habían venido á apoyarse á su derecha y á su izquierda, mientras Susana, sentada, parecía seguir el mismo sueño; y habló por fin Lucas con voz pausada que parecía hacerse poco á poco lejana.

—Sí; allí está nuestra ciudad, Beauclair regenerado, resplandece en el aire puro, y sé que los pueblos vecinos, Brías, Magnolles, Formeries, Saint-Cron, han tenido que seguirnos, atraídos por el ejemplo... Pero más allá de ese ancho horizonte, del otro lado de los Montes Bleuses, y allá abajo, detrás de la Rumaña, ¿qué se hace en el ancho mundo, á dónde han llegado las provincias y las naciones, en la larga lucha, en la árdua y sangrienta marcha hacia la ciudad feliz

De nuevo calló lleno de mil ideas. No ignoraba que la evolución se cumplía doquiera, propagándose á todas horas con velocidad acelerada. El movimiento desde los pueblos había ido conquistando las provincias, después la nación entera, después las naciones vecinas; y ya no había fronteras ni montañas ni océanos que no se pudieran salvar; la emancipación volaba de un continente á otro, barriendo los gobiernos y las religiones, uniendo las razas. Pero en esta reconstrucción de la humanidad los procedimientos variaban mucho. Mientras Beauclair cambiaba por evolución, gracias al experimento de la asociación, en otras partes la revolución estallaba, la sangre corría entre incendios y matanzas. No había dos Estados vecinos que hubiesen seguido el mismo camino; y por los más diferentes y aun contrarios, iban todos los

pueblos á encontrarse en la misma fraternal ciudad, la metrópoli conquistada al fin de la fedearción humana. Y Lucas añadió como soñando, con voz más débil:

—¡Ah! ¡Sí! quisiera saber, antes de abandonar mi obra, hasta dónde ha llegado ya la gran tarea... dormiría mejor, llevaría aún más certidumbre y esperanza.

Nuevo silencio. Como él, Josina, Sœurette y Susana, muy viejas, muy buenas, de gran hermosura, seguían soñando, mirando á lo lejos.

Josina comenzó:

—He sabido muchas cosas, un viajero me las ha contado... En una gran república, los colectivistas se hicieron dueños del poder. Durante años, dieron batallas políticas encarnizadas para apoderarse de las cámaras y del gobierno. No consiguiéndolo legalmente, dieron un golpe de Estado, cuando tuvieron fuerza, seguros del apoyo del pueblo. Desde el día siguiente aplicaron todos su programa á fuerza de leyes y decretos. Comenzó la expropiación en masa; toda la riqueza privada fué de la nación, todos los instrumentos del trabajo volvieron á los trabajadores. No hubo propietarios ni capitalistas ni patronos; sólo reinaba el Estado, señor de todo, á la vez propietario, capitalista y patrón, distribuyendo y regalando la vida social... Pero esta sacudida inmensa, estas modificaciones bruscas y radicales, naturalmente, no pudieron producirse sin terribles perturbaciones. Las clases no se dejan desposeer así ni aún de los bienes robados; espantosos motines estallaron por todas partes. Hubo propietarios que prefirieron hacerse matar en el umbral de su dominio. Otros destruyeron sus bienes, inundaron las minas, destrozaron los ferrocarriles, destruyeron las fábricas y las manufacturas, y entre tanto, los capitalistas quemaban sus valores y arrojaban el oro al mar. Hubo que sitiar ciertas casas; ciudades enteras, tuvieron que ser tomadas por asalto. Durante años, reinó la horrible guerra civil; se ensangrentaron las calles, arrastraban cadáveres los ríos... Además, el Estado soberano, encontraba toda

suerte de dificultades para que el orden nuevo marchase sin tropiezo. La hora de trabajo era la unidad de valor, y los cambios se hacían por medio de bonos. Primero se había creado una comisión de estadística que inspeccionaba la producción y repartía los productos, á prorrata, del trabajo de cada cual. Luego, se había hecho sentir la necesidad de otras oficinas de intervención, y una organización complicada parecía renacer poco á poco, embarazando la marcha administrativa de la sociedad naciente. Se volvía á regimentarlo todo como en los cuarteles. Nunca en más rígido encasillado se había encerrado á los hombres... Sin embargo, la evolución se cumplía, aun aquello era un paso hacia la justicia; se honraba el trabajo, se repartía la riqueza cada día con más equidad. Al final estaba, fatalmente, la desaparición del salario y del capital, la supresión del dinero y del comercio. Y me contaba que hoy ese Estado colectivista, trastornado con tantas catástrofes, regado con tanta sangre, entra en la paz y llega á la fraternal solidaridad de los pueblos libres y trabajadores.

Calló Josina y volvió á contemplar el horizonte. Lucas dijo:

—Sí, ese es uno de los caminos sangrientos, uno de los que yo no he querido. Pero, ahora ya, qué importa, si conducía á la misma unidad, á la misma armonía.

Entonces fué Sœurette quien habló, con los ojos muy abiertos, como mirando al ancho mundo á través de los promontorios de los Montes Bleuses.

—Yo también he sabido una historia. Testigos me han contado cosas espantosas... En un vasto imperio vecino, los anarquistas acabaron por hacer saltar la vieja armazón social á fuerza de bombas y de metralleta. El pueblo había sufrido tanto, que se puso de su parte y acabó la destrucción barriando hasta las últimas migajas del mundo podrido; ardieron los pueblos en la noche largo tiempo como teas, en medio de los rugidos de los antiguos verdugos degollados, que no querían morir. Era el diluvio de sangre cuya necesidad fecunda habían anunciado los profetas de la anarquía. Después comenzaron los tiempos nuevos.

Ya no se decía: «A cada uno según sus obras», sino «á cada uno según sus necesidades». El hombre tenía derecho á la vida, á la habitación, al vestido, al pan cotidiano. Se habían amontonado, pues, todas las riquezas, se habían repartido, y no se puso á nadie á ración hasta el día en que ya no hubo lo mismo para todos. La humanidad entera trabajando, la naturaleza explotada con ciencia y método, habían de dar productos incalculables, una fortuna inmensa bastante para colmar los apetitos de los pueblos decuplados.

Desaparecida la sociedad ladrona y parasitaria y con ella el dinero, fuente de todos los crímenes, y las leyes salvajes de restricción y represión, fuentes de todas las iniquidades, la paz reinaría por la comunidad libertaria, donde la dicha de cada cual consistiría en la dicha de todos. Y no más autoridad de ninguna clase, ni leyes, ni gobierno. Si los anarquistas habían aceptado luchar á sangre y fuego, la sangrienta necesidad del primer exterminio, era porque estaban seguros de no poder destruir de raíz los antiguos atavismos monárquicos y religiosos, aplastar para siempre á la autoridad en sus últimos gérmenes, sino con el brutal cauterio de la llaga secular. Había que cortar de un golpe todo lo que ataba con fuerza al pasado de error y despotismo. Toda política era mala, un veneno, mercado, trampa, engaño para los desheredados. Después había surgido el ensayo del ideal, el hombre libre en la sociedad libre, y la anarquía se había fundido en la evolución comunista, pues sólo era una negación política y el método de derribar para reconstituir. Aceptada la asociación, los grupos libres que vivían del cambio, siempre en circulación, como la sangre; y en fin, el gran imperio en que la anarquía había triunfado, se juntó á los demás pueblos en la federación universal.

Dejó de hablar Sœurette, inmóvil, ensimismada, apoyado el codo en el respaldo de la butaca. Y Lucas dijo con lentitud, con lengua torpe:

—Sí, el último día, en el umbral de la tierra prometida, los anarquistas, después de los colectivistas, tenían que juntarse con los discípulos de Fourier. Si los caminos eran diferentes, el fin seguía siendo uno.

Se quedó pensativo y después dijo todavía:

—¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre, qué de guerras abominables para conquistar la paz fraternal que querían todos! Tantos siglos de degüello fratricida, cuando sólo se trataba de saber si debía irse por la derecha ó por la izquierda para llegar primero!

Silenciosa hasta entonces Susana, sentada, mirando también más allá del horizonte, habló por fin con un frío temblor de compasión.

—¡Ah, la última guerra, la última batalla! fueron tan terribles que los hombres para siempre rompieron sus espadas y sus cañones... Era al principio de la grandes crisis sociales que acababan de renovar el mundo; y me han contado cosas espantosas, hombres que por poco se vuelven locos en medio de aquel choque supremo entre las naciones. En la crisis furiosa de los pueblos, preñada la sociedad futura, media Europa se había arrojado sobre la otra media, y todos los continentes habían ido detrás; chocaban las escuadras en los océanos para dominar el agua y la tierra. Ni una nación quedaba fuera de la lucha, unas á otras se habían arrastrado, ejércitos inmensos entraban en línea de batalla, ardiendo de furor hereditario, resueltos á aplastarse como si por los campos vacíos y estériles hubiese, por cada dos hombres uno de sobra... Los dos ejércitos inmensos de hermanos enemigos, se encontraron en el centro de Europa, sobre vastas llanuras, donde millones de seres podían degollarse. Ocupando leguas y leguas, desplegaron las tropas seguidas de otras de refuerzo, en tal torrente de hombres, que la batalla duró un mes. Cada nuevo día había más carne humana para el fuego de cañones y fusiles. No se levantaban los muertos, los montones formaban murallas detrás de las cuales los nuevos regimientos, inagotables, venían á hacerse matar. La noche no suspendía el combate; se mataba en la sombra. El sol á cada aurora alumbraba grandes charcas de sangre. Un campo de matanza cuyas mieses horribles, los cadáveres, se amontonaban en haces cada vez más altos. Por todas partes el rayo, de un golpe, hacía desaparecer cuerpos de ejércitos enteros. Los combatientes no necesitaban siquiera acercarse ni verse; los

cañones lanzaban á muchos kilómetros granadas cuya explosión arrasaba hectáreas de terreno y asfixiaba, envenenaba. Desde el cielo mismo, los globos lanzaban bombas é incendiaban los pueblos al pasar. La ciencia había inventado explosivos, máquinas de muerte capaces de llevarla á distancias prodigiosas, de tragar bruscamente todo un pueblo, como en un temblor de tierra... Y qué monstruosa carnicería en la última tarde de esta batalla gigantesca. Jamás todavía tamaño sacrificio había humeado bajo el cielo. Más de un millón de hombres yacían allí, por los anchos campos devastados, á lo largo de los ríos, á través de las praderas. Se caminaba horas y horas, y siempre se encontraban más y más cadáveres, con los ojos abiertos, vociferando la locura humana, con las bocas también abiertas... Y fué la última batalla, porque el espanto heló los corazones al despertar de esta embriaguez horrible, y fué universal la certidumbre de que la guerra ya no era posible con la ciencia omnipotente, soberana creadora de vida y no de muerte.

Volvió á callar Susana temblorosa, los claros ojos radiantes, iluminados por la paz futura. Y Lucas concluyó con voz que ya no era más que un sople débil:

—Sí, la guerra ha muerto; es la etapa suprema, el beso entre hermanos al término del largo viaje, tan arduo, tan doloroso... He llegado al final de mi jornada; ya puedo dormir.

No habló más; el último momento fué suave, augusto. Josina, Scurette y Susana no se movían; esperaban sin tristeza, con tierno fervor, en la estancia tan tranquila y alegre llena de flores y de sol. Bajo la ventana, la alegre bandada de niños seguía jugando, y se oían los gritos de los pequeños y las risas de los mayores, el regocijo del porvenir que avanza, buscando más y más alegrías. En el inmeso cielo azul, el sol amigo brillaba en el horizonte, fecundador y padre cuya fuerza creadora el hombre dominaba; y bajo el resplandor de sus rayos de gloria, Beauclair triunfante se afanaba en su colmena, donde el trabajo regenerado ya era dicha de todos por el justo reparto de los bienes de este mundo. Y más allá de la Rumanía, al otro lado de los Montes Bleuses, la federación

próxima de los pueblos, el pueblo único fraternal, la humanidad cumpliendo al fin su destino de verdad, de paz y de justicia.

Lucas, con la última mirada, abarcó la ciudad, el horizonte, la tierra entera, donde la evolución, comenzada por él, se propagaba y concluía. La obra estaba hecha, la ciudad estaba fundada. Y Lucas espiró, entró en el torrente de universal amor, de eterna vida.

FIN



Small, illegible paper label on the spine.